

26 de abril de 1937

GER

NI

KA

XABIER IRUJO

*Prólogo de Ángel Viñas*

CRÍTICA

Xabier Irujo

---

# GERNIKA

*26 de abril de 1937*

Prólogo de  
Ángel Viñas

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2017

*Gernika. 27 de abril de 1937*  
Xabier Irujo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Xabier Irujo, 2017

© de los mapas, Carles Salom, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-16771-73-8  
Depósito legal: B. 3086 - 2017  
2017. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

# 1

## Una reunión en el hotel Semiramis de El Cairo

LA PRIMERA GUERRA mundial produjo entre quince y veinte millones de víctimas mortales, lo que la sitúa entre los conflictos más sangrientos de la historia humana.<sup>1</sup> Además, esta guerra fue una de las más caras de la historia.<sup>2</sup> Con cerca de un millón de muertos, el Reino Unido había perdido alrededor de un 2 % de su población, a los que había que sumar más de 1,5 millones de heridos. Y el imperio estaba en quiebra. La deuda pública se incrementó de 645 millones de libras en 1914 a 7.435 millones en 1919, hasta alcanzar el 135 % del producto interior bruto. Y cuatro años más tarde la deuda se elevó hasta el 182 % del PIB.<sup>3</sup>

En 1918 el porcentaje del gasto público destinado al esfuerzo bélico era astronómico, y la cifra no se redujo sustancialmente un año más tarde.<sup>4</sup> No sin cierta ironía, Winston Churchill se reprochaba a sí mismo ante la Cámara de los Comunes que la financiación de las fuerzas armadas fuera una de las mayores causas del incremento de la deuda pública en agosto de 1919.<sup>5</sup> «Estamos gastando 400 o 500 millones de libras este año —aseguraba Churchill— después de que la guerra ha terminado; ¿por qué no terminan también los gastos?».<sup>6</sup> Tras cuatro años de guerra, la política comenzaba tímidamente a recuperar el control sobre el gasto público, pero en 1919 el erario público debía pagar no por lo que el Parlamento había decidido hacer, sino por lo que sucedía. Entre los imponderables, el secretario de Guerra señalaba las largas demoras en hacer la paz con Alemania y los consecuentes retrasos en la desmovilización del ejército del Rin.<sup>7</sup> La firma de los tratados de paz con Turquía o Bulgaria se retrasó más de lo deseado, lo que

impidió la dispersión del ejército del mar Negro. Más de 400.000 prisioneros de guerra estaban aún en manos de los ejércitos aliados en 1919, lo que requería un contingente de más de 100.000 soldados británicos. En mayo de 1919, entre 40.000 y 50.000 soldados británicos custodiaban a 200.000 prisioneros alemanes.<sup>8</sup> Según expresó Churchill, el ejército británico era propietario de 800.000 caballos y mulos (además de miles de camellos y burros) en el momento del armisticio; en agosto de 1919 se redujeron a 300.000 gracias a la venta pública de estos animales: «Esto es lo que debemos entender por economía de posguerra», aseguraba ante el Parlamento el político británico.

El departamento de desmovilización procesó 800.000 comunicaciones individuales en menos de seis meses al término de la guerra. En los meses anteriores al armisticio, cuando la guerra estaba en su apogeo, el Ministerio de Defensa estaba tratando cerca de 250.000 cartas de desmovilización por semana. En dos años, este número había aumentado a más de 350.000 cartas por semana. Además del trabajo ordinario de este departamento, sus funcionarios debieron dar respuesta a cerca de 4.000 preguntas parlamentarias y a un posible mayor número de complementarias. Era difícil hacer frente de forma rápida a una drástica disminución del ejército. De acuerdo con el informe de la Secretaría de Estado del 16 de julio de 1919, el ejército británico de ocupación disponía de un contingente de alrededor de 1.200.000 hombres.<sup>9</sup>

El coste de mantener aquel ejército era monstruoso. El secretario de Finanzas, David Lloyd George, afirmó el 12 de agosto de 1919 que la administración gastaba un total de 1.874.000 libras diarias en el ejército (unos 114,5 millones de dólares de 2016). El coste total de las fuerzas armadas era de 506,5 millones de libras anuales (alrededor de 31 billones de dólares en 2016). Ese era el precio de preservar el imperio, las posiciones que el ejército del Rin sostenía en Europa continental y las vastas porciones de tierra conquistadas al imperio turco en Oriente Medio. En oposición a esto, el presupuesto prebélico de 1914 era de 30 millones de libras (aproximadamente 3,5 billones de dólares de 2016).<sup>10</sup>

Ante esta situación, el Parlamento británico aprobó una ley extraordinaria. El 15 de agosto de 1919, siguiendo la recomendación del Comité de Finanzas, el gabinete de guerra formado por el primer ministro David Lloyd George, el ministro de Asuntos Exteriores George Curzon, Andrew Bonar Law y el ministro de Transportes Eric C.

Geddes, aprobó la «regla de los diez años». A efectos presupuestarios —y por encima de planteamientos geoestratégicos o políticos—, el imperio británico debía regirse por la idea de que no estaría involucrado en ninguna guerra «significativa» durante un período de diez años.<sup>11</sup> En consecuencia, no era necesario mantener una fuerza expedicionaria y la desmovilización debía ser inmediata. Esta singular directiva sancionó la desmilitarización del Reino Unido y estableció, por decreto, un reinado de paz fiscal de una década de duración. Posteriormente, a fin de impulsar aún más la reducción del gasto público y en especial el gasto militar, Lloyd George nombró a Geddes jefe del Comité de Gasto Nacional en agosto de 1921, lo que daría lugar a la expresión de «el hacha de Geddes».

La implantación de la norma, que estuvo vigente durante más de diez años, no era tarea fácil. En virtud del acuerdo Sykes-Picot, un compromiso secreto entre las administraciones británica, francesa y rusa firmado en mayo de 1916 y hecho público en noviembre de 1917, las potencias vencedoras de la primera guerra mundial se repartieron el control de las posesiones del imperio otomano a fin de arbitrar la secesión y posterior independencia de estos territorios. Estas zonas de influencia recibieron el nombre de «mandatos» o «protectorados». El protectorado británico comprendía un territorio de más de 550.000 km<sup>2</sup>, un área similar a la del conjunto de la península Ibérica con inclusión de Palestina, Transjordania e Irak.

Al final de la primera guerra mundial el imperio británico era de por sí un vasto territorio que cubría millones de kilómetros cuadrados de tierra y abarcaba a unos 458 millones de personas en diversas colonias, dominios, protectorados, mandatos y puestos de comercio en los cinco continentes. «El sol nunca se pone en el imperio británico —reza el refrán—, porque Dios no se fía de los británicos a la sombra».<sup>12</sup> En cualquier caso, por efecto de la «regla de los diez años» el tamaño del ejército imperial se vio reducido en un 90 % en menos de dos años, mientras que el territorio que la administración británica debía controlar creció de forma significativa con la adición de regiones políticamente combustibles como Palestina y Mesopotamia, donde se esperaban graves disturbios. Las luchas entre franceses y árabes en Siria se habían extendido a Palestina, y también a Egipto y Mesopotamia. El creciente poder de las fuerzas nacionalistas turcas en Asia Menor también aumentó la perturbación en el área y, finalmente, el avance de las fuerzas bolcheviques por el norte, tratando de llegar a

las zonas del Caspio y Transcaspio, era un motivo más de inquietud política en Mesopotamia. La pregunta en la Cámara de los Comunes era obvia: ¿quién necesita 500.000 km<sup>2</sup> de desierto?<sup>13</sup>

Churchill se enfrentaba a un grave dilema. Decidido a mantener el territorio y estatus del imperio, era preciso y urgente reducir las guarniciones en los mandatos de la Liga de Naciones y en las posesiones imperiales para que no se convirtieran en un desagüe del Tesoro británico. Pero, al mismo tiempo, la inestabilidad política exigía mantener las guarniciones existentes, o incluso incrementarlas. En esencia, Churchill necesitaba un salmón grande que pesara poco. Las tropas británicas tenían que ser mantenidas en la zona «simplemente para tratar de evitar que la gente se cortara el cuello» hasta que la Sociedad de Naciones o la conferencia de París llegase a un acuerdo sobre el futuro de estos territorios. Y un hecho vino a ofrecer la solución.

Uno de los puntos más inestables del imperio era la frontera del noroeste. El 20 de febrero de 1919, el emir de Afganistán Habibullah Khan fue asesinado mientras participaba en una cacería. Shahzada Nasrullah, el hermano de Habibullah, reclamó el trono, pero Amanullah Khan, tercer hijo del difunto emir, se hizo con el control de Kabul y, en consecuencia, de la administración y del ejército. Nasrullah fue arrestado, y bajo la acusación de haber sido uno de los instigadores de la muerte de su hermano, fue condenado a cadena perpetua. El nuevo emir declaró la independencia de Afganistán, lo cual dio lugar a la tercera guerra afgana entre mayo y agosto de 1919.

El domingo 3 de mayo tropas afganas iniciaron una ofensiva y ocuparon Bagh, al norte del estratégico desfiladero de Jáiber (Khyber), situado en la principal vía de comunicación entre Peshawar y Kabul y vital fuente de suministro de agua para Landi Kotal, una de las localidades más grandes de la zona.<sup>14</sup> Tras repeler varios ataques, el 23 de mayo las tropas afganas volvieron a la ofensiva abriéndose paso a través de las líneas británicas al este del Jáiber y poniendo Peshawar en peligro. Tan solo los constantes bombardeos y ametrallamientos aéreos sobre las líneas de frente y posiciones enemigas —así como sobre la población civil— llevados a cabo ininterrumpidamente por los bombarderos ligeros BE2c,<sup>15</sup> Airco DH.9 y Airco DH9A (los dos primeros modelos anquilosadas reliquias de la guerra en Europa) pudieron frenar un nuevo avance de las tropas afganas.

La operación militar para hacer frente a la insurrección iba a ser muy costosa. Hay unos trescientos kilómetros entre Peshawar y Ka-

bul, un camino jalonado por tres grandes pasos de montaña. Reunir y trasladar un contingente a fin de abrirse paso hasta Kabul y tomar la ciudad por asalto tuvo que ser descartado en virtud de los recortes presupuestarios impuestos por «el hacha de Geddes». En estas circunstancias, el capitán Robert Halley sugirió al general Norman MacEwan, comandante de la fuerza aérea de la India, que dado que los bombardeos que se habían llevado a cabo en las tres primeras semanas de mayo habían tenido un notable efecto psicológico entre las milicias afganas, con un avión adecuado se podría efectuar una incursión aérea contra Kabul.<sup>16</sup> En aquel momento tan solo había un avión en la zona capaz de realizar ese servicio. Se trataba del descomunal Handley Page V/1500, de 38 m de envergadura, llamado *Old Carthusian*. MacLaren despegó del Reino Unido el 13 de diciembre de 1918 y voló con una tripulación de siete hombres a la India a través de Roma, Malta, El Cairo y Bagdad, hasta aterrizar finalmente en Karachi el 30 de diciembre y en Delhi el 20 de enero de 1919, completando así el primer vuelo entre Inglaterra y la India.<sup>17</sup>

Tras trabajar durante una semana en el avión y colocarle los nuevos dispositivos portabombas, el 24 de mayo a las 3.00 de la madrugada el *Old Carthusian* fue enviado a Kabul para golpear el palacio de Amanullah Khan. Volando desde la base aérea de Risalpur (treinta millas al este de Peshawar) y pilotado por el capitán Halley y el teniente Ted Villiers en calidad de observador, el aparato alcanzó Kabul en unas tres horas de vuelo y dejó caer cuatro bombas de cincuenta kilos y dieciséis bombas de nueve kilos sobre el palacio y otros edificios gubernamentales de la ciudad.<sup>18</sup> El ataque causó un gran impacto psicológico en los ciudadanos y provocó que las mujeres del harén real se precipitaran aterrorizadas a la calle «para gran escándalo de todos».<sup>19</sup> *The Times* informó en su edición del 29 de mayo de 1919 que grandes porciones de la ciudad fueron devoradas por la llamas. Después de haber volado durante aproximadamente media hora sobre Kabul, el bombardero regresó al centro de vuelo de Risalpur.

Tras una serie de nuevos bombardeos, Amanullah Khan ordenó suspender las hostilidades y pidió un armisticio el 31 de mayo. El 2 de junio, el virrey envió una carta al emir con los términos del armisticio, cuyo tercer punto establecía que «los aviones británicos no bombardearán o ametrallarán localidades o fuerzas afganas siempre y cuando las fuerzas afganas observen el armisticio, pero tendrán libertad de movimiento en el aire para hacer reconocimientos y observar las posi-

ciones de las fuerzas afganas con el fin de prevenir cualquier concentración de fuerzas afganas o de otras tribus, en contravención del armisticio». <sup>20</sup>

La noticia resonó como una bomba en el Parlamento británico y se difundió rápidamente a través de todas las administraciones occidentales. Si bien se minimizó el papel desempeñado por las fuerzas de tierra durante la tercera guerra afgana y se relegó de la ecuación de la victoria el papel desempeñado por los repetidos bombardeos llevados a cabo por los BE2c y los Airco DH, el mensaje era rotundo: el imperio había ganado una guerra mediante un único bombardeo de terror. El precio de la victoria era mucho menor que el de la mejor de las estimaciones: 344 kg de explosivo lanzados en media hora por un único avión volando a doscientos metros sobre un único objetivo, sin bajas propias. Churchill había encontrado su salmón.

Según lo registrado por sir Arthur T. Harris, jefe de un escuadrón de bombardeo durante la tercera guerra afgana, el objetivo de los ataques aéreos era «bombardear al enemigo hasta el sometimiento», <sup>21</sup> de hecho una temprana aplicación de la guerra de terror que pretendía obtener la rendición del enemigo quebrando su moral. La fuerza aérea permitió al ejército británico extender el alcance de su fuego más allá de la línea del frente y el bombardeo del palacio del emir en Kabul, más de doscientos kilómetros dentro del territorio afgano, tuvo un efecto psicológico relevante. Las redadas también permitieron a los británicos alcanzar un doble objetivo estratégico: los rápidos y repentinos ataques aéreos obstaculizaron los movimientos del ejército afgano y permitieron, mediante la coordinación de las operaciones de tierra y aire, romper concentraciones de fuerzas de tierra afganas antes de lanzar un ataque terrestre.

Durante una sesión en la Cámara de los Comunes sobre la situación política, el déficit presupuestario y el papel de la naciente real fuerza aérea, el subsecretario de Estado para el Aire, general John Seely, expresó que quien estudiara los hechos no podía dudar de que el poder del arma aérea para salvar vidas propias y para preservar el Tesoro Público era inconmensurable y, por tanto, era indiscutible que el imperio tenía que tener una fuerza aérea bien equipada. <sup>22</sup> Seely comparó la campaña de 1919 con lo ocurrido en Afganistán durante la segunda guerra afgana (1878-1880), que costó catorce millones de libras de la época al gobierno indio y miles de vidas. La campaña de Egipto en 1882, que duró solo unos meses, había costado al imperio

1,8 millones de libras. En oposición, de acuerdo con las peores estimaciones, las operaciones militares más el mantenimiento de la fuerza aérea, tanto en Afganistán como en Egipto, costaban alrededor de 43.000 libras anuales.

El 15 de diciembre de 1919 Churchill presentó al Parlamento los grandes rasgos de su proyecto para reducir el gasto y aumentar la eficacia militar: «La tarea que se nos presenta es rigurosamente práctica; tenemos que dar con las guarniciones aéreas que sean necesarias para defender el imperio británico y crear una fuerza aérea independiente y permanente que ofrezca a los jóvenes pilotos y mecánicos una vida regular decente ejerciendo una buena profesión que es un honor desempeñar». <sup>23</sup> En opinión de Churchill, al margen de cualquier decisión estratégica y sin pretender revolucionar el arte de la guerra, se debían dar sin dilación los pasos necesarios para crear guarniciones aéreas destinadas a patrullar y controlar de forma barata y expeditiva todos los rincones del imperio. Y rubricó: «Las necesidades de la guerra se crearon en una noche, pero la economía de la paz ha causado que su fruto se secase en un día, y ahora nos enfrentamos a la necesidad de sustituir dicha planta por una de raíces más profundas». <sup>24</sup>

Un nuevo suceso vino a confirmar los resultados obtenidos en Kabul. Liderados por el *mullah* Sayyid Mohammed Abdullah Hassan, Somalia había conocido períodos de convulsión desde 1899. En 1919 tuvo lugar una nueva insurrección contra la dominación británica en el otoño. En un período récord de dos meses la Unidad Z de la RAF llegó a Berbera a bordo del HMS *Ark Royal* compuesta de doce a catorce aviones (la mayoría de ellos Airco DH9A) y cerca de doscientos veinticinco hombres equipados con un número mínimo de camiones, remolques y motocicletas. Aparte de eso, tan solo se envió a la zona un batallón de Rifles africanos para reforzar las tropas estacionadas en Somalia, el cuerpo de camellos de Somalilandia y un destacamento compuesto por un batallón del ejército imperial indio.

Churchill, de acuerdo con el jefe del Estado Mayor del Aire, Hugh Trenchard, organizó una campaña en la que por vez primera la fuerza aérea estaba al mando de las operaciones. A partir de enero de 1920 se bombardearon y ametrallaron las posiciones enemigas, especialmente Taleh, campo base y fortaleza del *mullah* situada a unos mil kilómetros al noreste de Mogadiscio. Taleh sufrió la visita de los bombarderos de largo alcance DH9A con cargas de hasta 336 kg, lanzando bombas incendiarias y ametrallando incluso el ganado el 3 de febrero

de dicho año. Los escuadrones de la RAF destruyeron tres localidades en cinco días, durante los cuales murió la hermana de Abdullah.<sup>25</sup> En un mes las tropas británicas habían aplastado la rebelión y el *mullah* murió de muerte natural a finales de año, dando lugar a dos décadas de relativa estabilidad. Todavía hoy se pueden observar perfectamente las ruinas de Taleh por Google Earth.

Churchill estaba plenamente satisfecho con los resultados que, según él, debían servir de modelo para exportar a otras costas del imperio, tales como los mandatos de la Liga de Naciones en Palestina y Mesopotamia. «Con un coste de alrededor de 30.000 libras —exponía Churchill ante el Parlamento— hemos logrado mucho más de lo que éramos capaces de hacer con una expedición de las de antes de la guerra que habría costado más de 2,5 millones de libras, lo que supone seis o siete millones de libras al cambio actual.» Y rubricó: «Propongo aplicar ese principio a otro campo. He ordenado que el jefe del Estado Mayor del Aire [Trenchard] presente un esquema alternativo para el control de Mesopotamia, siendo la fuerza aérea la principal fuerza o agencia de control».<sup>26</sup> La de Somalia, señalaba Churchill, había sido una de las guerras más baratas de la historia.

El argumento era muy convincente y, nombrado ministro para las Colonias, Churchill convocó a todos los líderes militares británicos y administradores civiles en Oriente Medio a una conferencia en el hotel Semiramis de El Cairo, en marzo de 1921, para poner en marcha el esquema de control aéreo, también llamado esquema de «control sin ocupación». Se discutieron muchos temas políticos y también estratégicos, y tal como indicaría C. J. MacKay en su ensayo «La influencia de los aviones en el futuro para la defensa del imperio», se reconoció que bombardear era más barato: «Los aviones poseen varias ventajas sobre los métodos hasta ahora aceptados para la imposición de la voluntad de Inglaterra sobre sus enemigos tribales... y expone el territorio enemigo a constantes ataques; no importa cuántos hombres ponga el enemigo en el campo de batalla, será incapaz de proteger sus pueblos, su ganado y su maíz».<sup>27</sup>

Los «bombardeos estratégicos» continuaron. Después de los experimentos en Baluchistán (1918), Afganistán (1919), Waziristán (1920), Somalia (1920) e Irak (1920), el diseño de las bombas mejoró y se hizo aún más especializado; en 1922, los bombarderos eran capaces de liberar bombas de alto poder explosivo de fósforo gaseoso, bombas de fragmentación y bombas incendiarias. Como expresó sin

emoción John Salmond, jefe de la RAF en Irak:<sup>28</sup> «¿La guerra aérea es incruenta? No. Esto sería una paradoja. Pero es más rápida, más eficiente y viene acompañada de un infinitamente menor sufrimiento que los antiguos métodos de hacer la guerra en países semicivilizados».<sup>29</sup>

Los recortes presupuestarios, además de la exigencia de los tratados de posguerra con respecto a la regulación y control de los antiguos territorios del imperio otomano, engendraron uno de los capítulos más crueles de la historia de la guerra. De hecho, la concepción y ejecución de los bombardeos de terror no radicaba únicamente en ganar guerras a bajo coste, sino también en prolongar la paz (debido a la agitación pública suscitada por las partidas presupuestarias generadas en período de guerra). Naturalmente, todas las administraciones europeas vislumbraron el gran potencial fiscal y estratégico detrás de las políticas de «control aéreo». El propio futuro del arte militar giraría en adelante en torno a la idea de ganar una guerra mediante el lanzamiento de una única bomba y, en efecto, así se sellaría la segunda guerra mundial veinticinco años más tarde.

De acuerdo con Lloyd George y John Simon, la «regla de los diez años» había tenido un efecto salubre en el presupuesto británico, pero al no haber sido un ejemplo seguido por otras administraciones, el Reino Unido estaba en términos relativos en una posición más desfavorable que en 1918. Mientras la inversión en el arma aérea de Gran Bretaña en 1932 era de alrededor del 2 % del presupuesto, Estados Unidos e Italia invertían alrededor del 4 % y la administración francesa un 5 %. No obstante, la política de inversión en el arma aérea se aceleró exponencialmente a partir de enero de 1933 con el ascenso de Hitler al poder, a pesar de que, por ejemplo, por efecto del *crack* de 1929, la deuda pública en el Reino Unido ascendía en 1933 a un 178 % del producto interior bruto. Henry White consideró que una estimación conservadora del presupuesto de Europa occidental en armamento en 1932 alcanzaría la suma de quinientos mil millones de libras, un 23 % de los cuales correspondía al propio Reino Unido.<sup>30</sup> La República Francesa había casi duplicado el presupuesto armamentístico en la posguerra. La administración norteamericana había aumentado el presupuesto para defensa de 590 millones de dólares a 709 millones. Italia y Japón también habían incrementado sus presupuestos desde la ratificación del acuerdo de Locarno.

Según informó el capitán Henry Guest, la flota aérea británica aumentó en 1934 hasta un total de 850 aviones, 400 de los cuales es-

taban estacionados en el Reino Unido. La RAF contaba con 30.000 hombres, de los cuales 3000 eran pilotos. La República Francesa tenía en 1923 1.270 máquinas aéreas y en 1934 aumentó la flota hasta un total de 1.650 aviones y aprobó un esquema para la construcción de más de mil aeródromos. Una orden del ejército soviético del 18 de agosto de 1933 firmada por el ministro de la Guerra, Kliment Y. Voroshílov, produjo un aumento sustancial del presupuesto: en diez años la fuerza aérea soviética había pasado de 150 aviones a 1.500 y más de cuarenta fábricas estaban en proceso de establecerse y emplear a 150.000 obreros. Italia había pasado de una flota de 450 aparatos a 1.100 en 1934; Japón, de la nada a 800; Polonia, de la nada a 700. Estados Unidos habían aumentado su fuerza aérea de 560 a 1.800 aparatos, y el Congreso aprobó el presupuesto para elevar el total a 4.824 aviones.<sup>31</sup>

El gobierno británico y, en general, las democracias occidentales no tenían ninguna razón para creer que tras el ascenso de Hitler al poder el régimen alemán no invirtiera en la producción de aviones de guerra. De hecho, si bien era extremadamente difícil saber con exactitud cuál era la composición de la fuerza aérea alemana en 1934, Hitler anunció que estaban alcanzando el número de mil aviones, es decir, el 40 % de las fuerzas aéreas totales combinadas de sus vecinos. Se sabía, en efecto, que Alemania poseía 1.099 aviones civiles que eran capaces de ser adaptados para el servicio militar, entre ellos un buen número de Junkers Ju52 como los que bombardearían Gernika. También era difícil calcular el número exacto de pilotos alemanes, pero se estimaba que en 1934 Alemania había emitido 10.000 certificados de vuelo, mientras que el Reino Unido había emitido únicamente 350.<sup>32</sup>

A la vista de estos datos, y en virtud del franco deterioro de la situación política internacional, el 4 de marzo de 1935 el gobierno británico anunció una ulterior modernización y ampliación de sus defensas nacionales. Tan solo doce días más tarde, el 16 de marzo, el gobierno alemán anunció oficialmente que no se consideraba adherido a las cláusulas de desarme impuestas por el tratado de Versalles. Como reacción a la decisión de Hitler, representantes franceses, británicos e italianos se reunieron en Stresa proponiendo una serie de medidas políticas para prevenir la generalización de las políticas de rearme. Días después, el 17 de abril de 1935, la Sociedad de Naciones denunció formalmente la decisión unilateral de Alemania de no tener en cuenta las cláusulas de desarme. Sin embargo, no se pudo hacer mucho más

que eso. Dos meses después de la conferencia en Stresa, el gobierno británico negoció un acuerdo naval con Alemania. Según el acuerdo bilateral de 18 de junio de 1935, el gobierno británico reconoció el derecho del gobierno alemán para reconstruir una flota limitada al 35 % de la de la Royal Navy y un servicio submarino de hasta el 45 % del servicio británico.<sup>33</sup> El acuerdo era una aceptación explícita de la política de rearme alemana.

En suma, el aumento de las partidas de defensa a partir de 1933 era considerable y un fenómeno global indiscutible. El gobierno británico abandonó la «regla de los diez años» el 23 de marzo de 1932. La conferencia para la reducción y limitación de los armamentos de Ginebra (1932-1933) y su fórmula de «desarme cualitativo» llegó muy tarde y, tras los sucesos en Alemania a principios de 1933, el mundo comenzó a prepararse para una nueva guerra que, en virtud de la lección aprendida en Kabul años atrás, ganaría aquel contendiente que pudiera construir el avión que lanzara la bomba más pesada. Contaba Samuel Hoare que, al llegar a Ginebra, preguntaron a la delegación afgana por qué, no siendo Afganistán un miembro de la Sociedad de Naciones, había llevado una delegación a la conferencia de desarme: «Nos respondieron —escribió el autor—, que estaban necesitados de armamento, y que habían pensado que en una conferencia de desarme habría posibilidad de obtener armas de segunda mano baratas...».<sup>34</sup>